

EL FIN DE LA CRÍTICA Y EL ÚLTIMO HOMBRE

The End of Critique and the Last Man

ENRICO DONAGGIO*

enrico.donaggio@unito.it

Hace ya tiempo que la teoría crítica parece empantanarse en el fondo de una depresión heurística y pasional que no resulta fácil de analizar. Siguiendo la estela de Habermas, Rawls y sus epígonos, hace tiempo que su versión más moderada ha adquirido los tonos grises de una filosofía política de impronta normativa entre otras, sin ninguna fricción creativa con los órdenes de poder y saber dominantes. Su versión más radical, pese a contar con un mayor coeficiente de fantasía, aparece desmembrada en mil refundaciones improbables, paralizada en el duelo por un desastre comunista que en el fondo no se quiere elaborar y asolada por el narcisismo de las pequeñas diferencias, que desfigura de forma endémica el hemisferio izquierdo del pensamiento de oposición.

La consecuencia más mortífera de este estancamiento se manifiesta fuera del campo académico, de la industria cultural o de la esfera de la ideología política, ámbitos marcados por un cociente de autorreferencialidad tan elevado como para absorber con la mayor *nonchalance* toda forma de inercia o anquilosamiento. Y es precisamente en el terreno en que la teoría crítica quisiera transformarse en crítica social –alimentando, articulando y orientando formas de disidencia suficientemente prolijas, que no son competencia exclusiva de técnicos del pensamiento y militantes de profesión– donde parece haber entrado en una fase terminal. De este modo ha ido cobrando forma una forma peculiar de fin de la crítica mucho más enrevesada de diagnosticar y tratar que el celebrado triunfo planetario del Pensamiento Único.

Como punto de cristalización e incandescencia de una relación vital, cautivadora y apasionada con el mundo social y sus perspectivas tácitas de libertad y felicidad, la teoría crítica no parece haberse integrado sin más en el *establishment* o haberse lanzado de una vez por todas al apocalipsis, ni mucho menos haber enmu-

* Università degli Studi di Torino (Italia).

decido o haberse extinguido para siempre. Como crítica social parece a lo sumo marchita, reducida a algo parecido a un mero ornamento: una elección de gusto, un rasgo de estilo más o menos obligado o sincero, pero –y este es el fenómeno crucial que debe analizar quien se ocupe de la fisonomía de una subjetividad crítica hoy– sin ninguna repercusión coherente y decisiva, tanto a nivel de conducta individual como asociada.

La disensión, junto con el impulso de emancipación y el conflicto que anima la crítica, adquiere como signo distintivo un tono de tristeza para reivindicar un resorte de dignidad, una sacudida de desacuerdo frente a la marcha de las cosas, que sin embargo el prosaísmo de los días laborables revela ilusoria o vacilante. Así se consuma el divorcio entre la facultad de juzgar el presente con vistas a un tiempo mejor (la prestación por antonomasia de la teoría crítica) y la posibilidad de movilizarse de acuerdo con ello (su efecto por antonomasia en el momento en que se convierte en crítica social). Se abre una divergencia entre vida y crítica, entre normalidad cotidiana y horizonte de una transformación legítima y esperable. O, *si se prefiere, se establece un círculo vicioso entre lo que somos de hecho y lo que decimos que desearíamos ser en el momento en el que, basándonos en buenos argumentos, afirmamos que no deseamos ser lo que de hecho somos.*

La exasperación de la crisis económica en los últimos años ofrece una imagen plástica de este *impasse*, tan paralizante como oneroso. Frente a un curso de las cosas que atenta contra los valores de la crítica más tímida y alineada, resulta clamorosa la ausencia de un número significativo de individuos –una masa crítica de izquierdas– que no sólo reconozca la denuncia de este estado de cosas como algo correcto a nivel teórico, sino también como un estímulo efectivo para vivir de modo realmente divergente respecto al *main stream* estigmatizado.

Por tanto, si se lo analiza desde el punto de vista de la relación entre subjetividad y crítica, hay algo enigmático en nuestro balance psicosocial de la contemporaneidad. Frente a una realidad económica y política aparentemente fácil de denunciar, el comportamiento de los individuos afectados por esta catástrofe de la segunda naturaleza no es el que había pronosticado oficialmente el mejor canon occidental en la materia. Es decir: alguna forma de elusión, de negativa, de deserción, de revuelta o revolución. Lo que no quiere decir –no se olvide– que no reconozcan (al menos a nivel de declaración formal de posicionamiento en el campo político) la verdad o la validez de la denuncia crítica. Sin embargo, a nivel de conducta vital,

de *habitus*, dan muestra de una escasísima predisposición a modificarse a sí mismos y su propia condición en el sentido que indica la crítica.

Cuando la crítica se declina y se vive de esta manera, termina por convertirse no sólo en un artificio ornamental, en un gesto de distinción valioso en el plano de la autoestima o del ideal del yo, sino en un gesto con fin en sí mismo desde el punto de vista de las consecuencias prácticas. Por el contrario, en una clásica heterogénesis de los fines, se convierte en un factor ulterior de adaptación y sometimiento a un mundo injusto y aparentemente sin salidas contra el que se arrojan los propios juicios. Ya no es de hecho un catalizador, sino más bien un inhibidor o un perverso neutralizador de energías e ideas de transformación.

Frente a un escenario semejante, la cuestión es cómo afrontar, juzgar y gestionar esta disociación entre nuestra condición como actores de la vida cotidiana y nuestra condición como sujetos de la crítica, entre nuestra existencia social en primera y en tercera persona. Esta separación certifica ante todo –al menos para el tipo de subjetividad más extendido a nivel estadístico– la ausencia patente, no tanto de validez, sino de practicabilidad, vitalidad y *appeal* de una serie de estrellas inmóviles que, durante siglos, han caracterizado el estilo crítico tradicional. Entre estos astros destacan: el juicio sobre el capitalismo realmente existente (estigmatizado exclusivamente como infierno de la negatividad y reino de la patología social, no como una forma de vida capaz de generar una resiliencia utópica tan asombrosa como perversa); el carácter deseable a priori de una transformación sistémica radical (la coincidencia obvia y por descontado entre emancipación del género humano y superación del capitalismo, entre razón y revolución); la superioridad epistémica y moral de la mirada crítica (su monopolio metaideológico de una dimensión de verdad estructuralmente inaccesible tanto para el adversario como para el beneficiario del discurso crítico); *last but not least*, la fisonomía de la subjetividad emancipadora (extraordinaria en tanto que ultramotivada, hipermoral y omnipotente, a condición de que se decida finalmente a vivir y actuar de acuerdo con las demandas de la crítica).

Teniendo en cuenta el tema de este foro, me detendré únicamente sobre el último de los elementos mencionados. La urgencia principal, la gran transformación requerida hoy en lo referente a la subjetividad crítica parece ser la de ofrecer una orilla teórica plausible, practicable y deseable a perspectivas de emancipación social al alcance de un número mayor de individuos. Reconociendo la centralidad y la dignidad de instancias que, de forma dispersa, opaca e irreflexiva, ya actúan en la

vida cotidiana occidental, pero no son valoradas por un estilo crítico que se ha ido esclerotizando silenciosamente hasta convertirse en mero ornamento, en sentido común o en signo de distinción de una subcultura de izquierda, cómodamente asimilado por las nuevas formas que ha asumido el espíritu contemporáneo del capitalismo.

Con este propósito, una de las mayores urgencias parece ser esbozar una estampa de la subjetividad crítica distinto del que durante siglos ha ostentado la hegemonía en el canon occidental. Tomando en serio la presunción –¡mucho más democrática y de izquierdas, después de todo!– de que el protagonista de la futura emancipación –si es que el discurso crítico quiere conservar aún alguna esperanza de generar pasiones y expectativas– ya no pueda ser el "primer hombre", el "hombre rebelde", el protagonista individual o colectivo (en todo caso siempre excepcional) de una lucha por el reconocimiento y la libertad; de una rebelión legitimada filosóficamente, concebida como salida del ser humano de una minoría de edad de la que sólo las fórmulas mágicas de la teoría crítica y sus chamanes podrán liberarlo.

Este sujeto deberían ser en cambio "los últimos hombres", la pesadilla de toda filosofía crítica y progresista, el tipo de subjetividad realmente existente a nivel global, ya que es el más difuso en cada época: el "rebaño" conformista, eternamente sordo a las llamadas pastorales de los profetas de la liberación porque le interesan únicamente la felicidad y el bienestar; la masa de los consumidores apáticos dulcemente oprimida por un despotismo *soft* y por un raudal monstruoso de *gadgets* y dispositivos, el pequeño burgués y el demócrata sincero como *Gattungswesen ready made*, con los que hasta hoy la teoría crítica ha evitado ajustar cuentas en igualdad de condiciones, sin esnobismo ni compasión.

Son ellos, los últimos hombres –es decir, nosotros mismos en primera y no en tercera persona– el punto ciego estructural de una crítica que quisiera salvar a los condenados de la tierra pero que, de hecho, se ha dirigido siempre a las cimas hiperelitistas de los que habrían podido prefigurar y realizar plenamente una Humanidad de mayor calidad.

¿Es posible pensar esta figura antropológica no como el peso muerto de la crítica social o como el héroe negativo del fin de la historia, en la mala infinitud de un capitalismo eterno? ¿Se puede ver en ella el punto en que se concentra –en modos que aún tiene que valorar la teoría tradicional– una reserva de pasión crítica que aún espera ser expresada y adecuadamente valorada?

Para una teoría que intente deshacer la contracción que ha reducido su más ambiciosa prestación a un vacío ornamento identitario, cuando no a factor involuntario de integración en el orden social existente y, en vista de una revitalización de una pasión crítica hoy tan castigada y escindida, ésta parece la cuestión preliminar y más urgente. Después, se verá.

Traducción del italiano: Jordi Maiso